

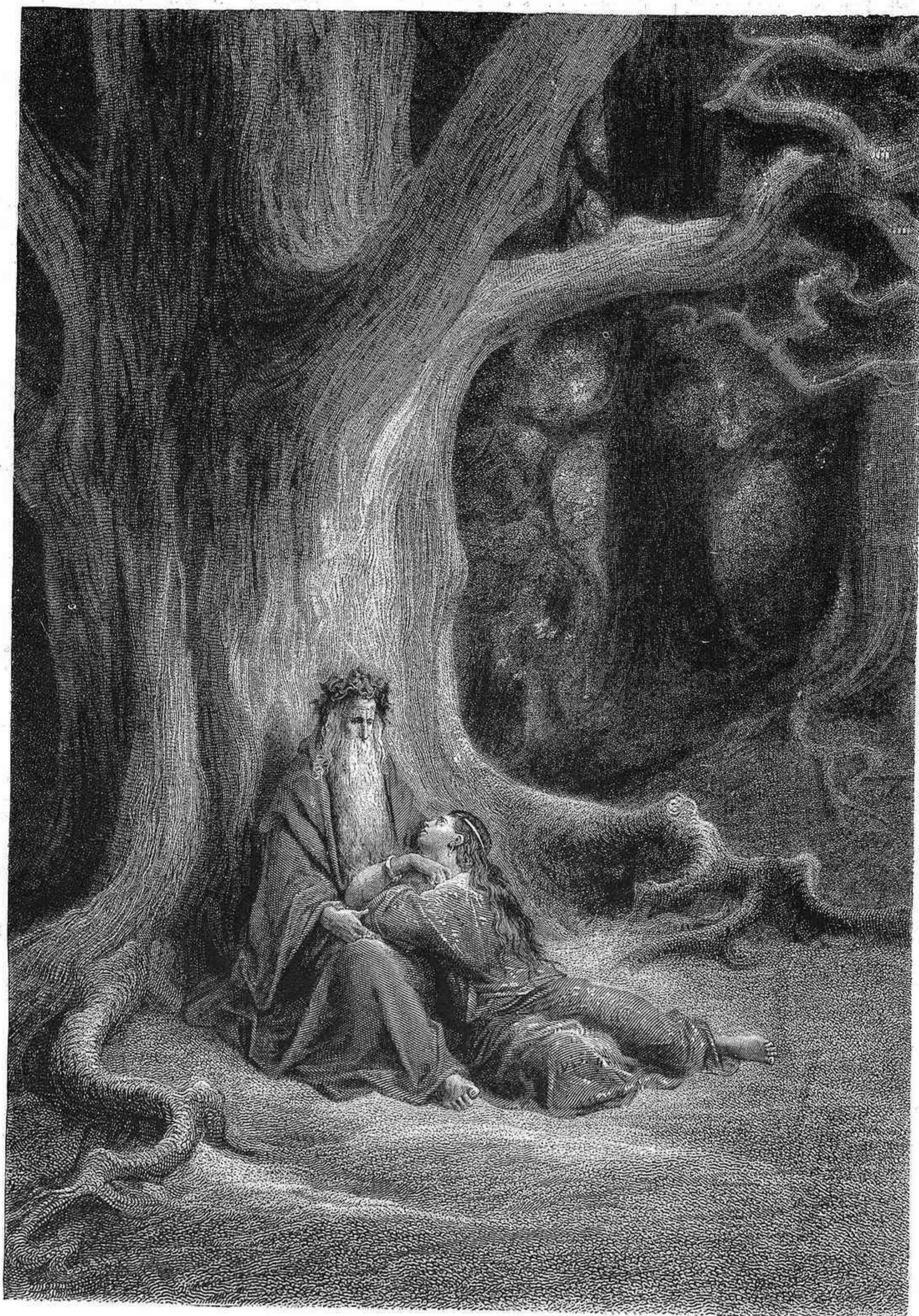


AÑO II

← BARCELONA 24 DE SETIEMBRE DE 1883 →

NUM. 91

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ENCANTADOR MERLIN, dibujo por Gustavo Doré

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—LA EXPOSICION DE AMSTERDAM, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—EL PÁJARO EN LA NIEVE, por don Armando Palacio Valdés.—CRÓNICA CIENTÍFICA: Los terremotos, por don E. Benot.

GRABADOS.—EL ENCANTADOR MERLIN, dibujo por Gustavo Doré.—MUCHACHA GRANADINA, croquis á la pluma por J. M. Marqués.—VIDA CAMPESTRE, dibujo por Montbard.—EL EXPÓSITO, cuadro por J. Carstens.—RESTAURANT EN LA EXPOSICION DE AMSTERDAM.—EL SEÑOR BURGOMAESTRE, cuadro por Max Wolkhart.—Lámina suelta: BATALLA DE WOERTH, cuadro por E. Lang.

REVISTA DE MADRID

Apertura de los Tribunales.—Lamentos de un gabinete y aspiraciones de una sala.—Decorado de las Salesas.—Falsificación de efectos timbrados.—Las ilusiones del litógrafo.—Una magnífica tempestad.—La region donde se forjan los rayos.—Liquidacion... de las nubes y no de la Bolsa.—El Padre Santo.—Importancia del pararrayos.—Herreros y electricistas.—Ultimos ecos.

Siguen las aperturas.

Ultimamente se ha verificado la de los Tribunales; y en esta solemne ceremonia dicen que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia ha dado lectura á un discurso notabilísimo.

Las distintas salas del Tribunal Supremo tuvieron representacion en la apertura; y yo he de dar explicaciones á la sala de mi casa para hacerla comprender que si no ha sido invitada, es porque hasta la fecha no ha tenido que ver cosa alguna con los tribunales de justicia.

Ya tiempo atrás me sucedió algo parecido á esto con mi gabinete.

Sin duda oyó decir á alguien:—¡Parece que habrá cambio de Gabinete!..

Y en cuanto yo llegué á mi casa me pareció que me recibían de mal talante las paredes.

Dice el refrán que tienen oídos... Yo añado más: creo que deben tener hasta puños y lengua, porque me amenazaron con aspecto iracundo y me hicieron las siguientes reconvenções:

—Conque, nos quieres cambiar... ¿eh? Anda, ingrato, que en el pecado llevarás la penitencia! ¿No vale nada para tí el que hayamos sido partícipes de tus penas y tus alegrías? Nosotras conocemos tus cualidades y tus defectos... En presencia nuestra has levantado el velo que encubre tu carácter, y te hemos visto tal cual eres, en la intimidad más profunda... en la desnudez más completa. ¡Y tratas de abandonarnos!.. Eres un monstruo de deslealtad y felonía!

Costóme trabajo hacer entrar en razon á mi gabinete. Por fin se aplacó.

Pero respecto á las perplejidades de mi sala no he hallado otra manera de calmarlas que leer en alta voz el extracto del discurso del Ministro publicado con elogio por la mayor parte de los periódicos.

No en balde, sin embargo, alcancé la victoria. Tuve que hacer una concesion.

—Oye,—me dijo con irresistible zalamería mi sala;—puesto que todo el mundo está de apertura, ¿por qué no abrimos nosotros tambien algo?

—Está bien,—contesté.—Voy á abrir los cajones de la cómoda.

Ha comenzado, pues, el año judicial de 1883 á 1884. Todos los criminales se habrán sentido en ese día fuertemente impresionados.

Los que pasaran por delante de las Salesas en la ocasion en que se acababa de celebrar la solemne ceremonia pudieron escuchar las alabanzas que se tributaban al edificio cuyos locales han sido recientemente decorados.

La instalacion de los tribunales de justicia ha quedado totalmente completada.

Los salones forrados de damasco, las cornisas doradas y los bustos de legisladores célebres parecen decir:

—Ahora... ¡vengan criminales!

Dos de estos comentaban la ceremonia sentados en las gradas de la escalinata.

—¡Chico!.. con discurso y todo,—decía uno de ellos.

—¡Bah! retórica y nada más. Ellos abren con discurso... ¡Nosotros abriremos con ganzá!

* *

El descubrimiento de una vasta falsificación de efectos timbrados le hace á uno desconfiar hasta de su propio timbre de voz.

Tenia su asiento en la calle del Meson de Paredes. Los agentes de la autoridad sorprendieron al dueño de la casa fingiéndose portadores de encargos amistosos. Poco despues el Gobernador civil y el juez penetraban en la estancia.

El delito estaba descubierto. El litógrafo que enviaba todas las noches fuera de su domicilio el producto del trabajo cotidiano no debe haber sacudido todavía la estupefacción que el hecho le causara.

Se halla tan acostumbrado al falseamiento de las cosas que ni el Gobernador le debe parecer una autoridad de veras, ni es fácil que tome en serio el interrogatorio del juez que le instruye causa.

—¡Cuidado que hay gente bromista en el mundo!—dirá. ¡Pues no se empeñan en fingir que han descubierto mi industria y que la van á castigar con arreglo á lo que dictan las leyes!

El litógrafo pensará:—¡Bueno! Me van á formar cau-

sa... Pero todo ello redundará en provecho mio, porque yo mismo les podré surtir de pliegos sellados que tienen el mismo valor que el papel de estraza.

El carcelero le parecerá un mal actor forjado en troqueles clandestinos; y cuando le lleven la comida se echará á reír diciendo:

—¡Vamos, confiese V. que este panecillo es de pega y que esta carne se halla fabricada con fibras de estopa!

Escribirá á sus amigos:

«Estoy pasando el otoño en el palacio de unos individuos muy *guasones* que se empeñan en hacerme creer que estoy preso. Para lograr su objeto han arreglado mi habitacion á la manera de cuarto del Saladero; y la cosa debe haberles costado un dínal, porque verdaderamente la ilusion es completa. En fin, tengo hasta rejas con grandes barrotes imitando hierro. ¡No sé cómo pagar tanto obsequio! Ayer pedí una cajetilla de cigarros.... ¡Vamos si seré yo listo! En seguida comprendí que la marca no era de las que yo fabricaba en mi casa. ¿No lo digo? ¡Todo me lo falsifican!..

¡Hasta el tabaco!»

* *

En lo que no hubo falsificación alguna fué en la magnífica tempestad que se cernió días atrás sobre esta capital de España.

Fué inesperada, fulminante. ¡La naturaleza suele tener esas genialidades!

Parece que en las regiones donde se forja el rayo abrieron el libro de cuentas corrientes y notaron que Madrid estaba desde hace mucho tiempo desprovisto de chispas eléctricas.

—¡Esos madrileños,—dijo el forjador,—no hacen pedido alguno! ¡Si creerán que pueden pasar fácilmente con la chispa ingeniosa de sus escritores y de sus autores dramáticos!

—Lo que más se gasta en Madrid,—dijo un dependiente,—son rayos de sol. ¡Oh! de esto hacen un grandioso consumo. Los ingleses, cuyo sol no tiene más brillo que un queso de bola, envidian las oleadas luminosas de los españoles. Pero estos son poco aficionados á las tormentas. Demasiado atormentados se encuentran ellos por una porcion de causas...

—No importa: es necesario enviarles muestras de la última fabricacion. Escoged algunos rayos de los mejores, con su acompañamiento de agua, granizo y truenos. ¡Que no falte nada!

Y en efecto, por tren *express*, en gran velocidad, se recibieron en Madrid unas cuantas centellas de primera clase.

La atmósfera se nubló repentinamente... Empezaron á caer gotas de agua de gran tamaño que se extendían sobre las baldosas como manchas de aceite.

—Parece que el firmamento se liquida,—decían algunos.

—Sí,—añadían otros;—todo el mundo liquidará ménos los bolsistas quebrados á consecuencia de las últimas operaciones.

Las calles se poblaron de paraguas. Pero, sí... ¡de bastante servian! Lo que hacia falta eran para rayos.

Los truenos estridentes, secos, pavorosos, atemorizaron á la muchedumbre.

Uno de los primeros rayos vino destinado á una persona de confianza, á un regador del Retiro, nombrado por apodo *Padre Santo*, y el cual habia cometido la torpeza de guarecerse debajo de un pino.

Otras muchas exhalaciones serpentearon por la atmósfera y cayeron sobre Madrid descantillando los aleros de los tejados, paralizando los cuerpos de algunas personas y recorriendo itinerarios sorprendentes y raros.

La tempestad concluyó pronto; pero al día siguiente todo el mundo tenia en la boca esta interjeccion que por lo vehemente casi llega á ser blasfemia: ¡Truenos y rayos!

En casos semejantes los electricistas obtienen triunfos innegables. Ellos explican en las tertulias y en las mesas de café, en las oficinas las condiciones que ha de tener el para-rayos para conducir fácilmente la descarga eléctrica al centro de la tierra.

En Madrid estas explicaciones son muy necesarias. Pocos edificios están protegidos contra los efectos del rayo. La ciencia, por regla general, ó vuela á mayor altura ó se queda más baja.

¿Quereis saber en manos de quién se halla depositado en Madrid, generalmente, el servicio de para rayos?

La mayor parte de los que se ven elevarse por encima de los edificios de esta corte se hallan colocados por herreros y cerrajeros que han hecho de este trabajo una ocupacion lucrativa.

¡Y los para-rayos para ser eficaces exigen muchos conocimientos científicos y exquisitos cuidados!

Ahora bien; yo no trato de negar la competencia en su oficio de los que se dedican á tan importante tarea.

Pero ser buen herrero, no equivale ni con mucho á ser buen electricista.

¡Encargar á un fabricante de objetos de cerrajería la colocacion y conservacion de un para-rayos es como encomendar la construccion y la conduccion de un buque á un carpintero!

* *

Ultimos ecos de la semana.

—¡Qué atrevimiento!.. Han robado *al encuentro* un reloj en las Cuatro Calles.

—¡Hombre!.. pues me parece que no hay motivo para escandalizarse...

—¿Que no?
—No, señor; ¡peor hubiera sido para *Cuatro Calles* cuatro relojes!

* *

Si las ferias de Madrid fuesen capaces de ruborizarse, hace tiempo que se quedarían sin salir de casa para no oír las cuchufletas y sátiras de que son objeto todos los años cuando llega la época en que hay costumbre de celebrarlas.

Hé aquí su última definicion:
—¿Qué son las ferias de Madrid?

—¡Mucho ruido... y muchas nueces!

PEDRO BOFILL

Madrid 21 setiembre 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Austria.—Francia y su estilo barroco.—Buen gusto en la tipografía.—Bahía de *Nipe*.—Colonizacion y su porvenir.—España.—Consideraciones sobre el carácter científico de su exposicion.

Poco de notable tiene *la seccion austriaca*. Muebles de Viena, cromos, artículos de quincalla de un carácter frívolo, objetos nikelados, carruajes lujosos, magníficos arneses, algunas telas, un escaparate de cristalería de Bohemia de muy buen gusto, y joyas con esmaltes y turquesas de estilo Renacimiento alemán. Por lo demás casi nada de aplicacion á colonias.

A continuacion de la seccion austro-húngara, encuéntrase la seccion francesa.

Espléndida en verdad es la exposicion de la vecina república. Telas riquísimas para señora, para mueblaje, para otros varios usos; joyas de gusto exquisito, perfumería, quincalla, trenes, carruajes, cristalería, porcelanas é instalaciones de muebles y tapicerías, formando verdaderas habitaciones, estilo Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI, Luis Felipe, y en fin, de todos los Luises posibles é imposibles; es decir barrocos todos, recargados y de mal gusto. Apénas hay dos instalaciones que no brillen por su espléndidez sibarítica; pero apénas hay dos que tengan un carácter verdaderamente serio, que estén decoradas con verdadero estilo, y que puedan servir para el albergue de una persona formal. Sólo son propias para el hotel de alguna mujer de mundo, para la casa de algun *parvenu*, ó para la habitacion de alguno de los *leaders del sport*. Nada del buen gusto y del profundo sentimiento del arte, que campea en todas las instalaciones belgas; nada tampoco de ese estilo severo y varonil, y altamente decorativo, inspirado en las obras de los arquitectos y escultores de los siglos xv y xvi, que se hace admirar en todas las instalaciones de Munich y de Nuremberg. El carácter francés, superficial y brillante, más amigo de las medias tintas suaves que de los contrastes enérgicos, de las miniaturas que de los bocetos, que atiende más á lo acabado de los detalles que á los efectos de conjunto, ha preferido lo que en Paris se llama estilo nacional, es decir, ese falseamiento de la antigüedad con influencias chinecas y refinamientos afeminados, ese esplendor ampuloso creado á los rayos convencionales de un sol de laton de un monarca que tuvo el orgullo y la necedad de creer que él era el Estado, y de erigirse en dictador del gusto, como se habia erigido en dictador del poder. Apénas hay un par de instalaciones, cuyos objetos están inspirados en los del Museo Cluny, en la buena época de Enrique IV, que se hallen exentas del mal gusto general.

Llena además la seccion francesa todo lo relativo á modas, en especial lo que se refiere á la *toilette* de las señoras.

Por fin, y esto es casi lo único laudable que dicha seccion contiene, la librería de Paris muestra sus grandes escaparates llenos de obras editadas con muy buen gusto, impresas de una manera esmerada, con grabados ó cromos, instructivas unas, recreativas otras. Llamen la atencion la casa Quantin por su esmerada tipografía y manera artística de presentar sus volúmenes; y la casa Rouveyre, establecimiento editorial nuevo que ha debutado con una coleccion de obras escogidísimas y estéticamente presentadas bajo todos conceptos. La llaman tambien por su correctísima tipografía, las obras impresas en la casa Joavs, buscadas por todos los bibliófilos.

En medio de la gran galería central descuella un monumento elevadísimo que remata en una estatua sentada la cual simboliza á España. Toda la columna, así como los escaparates que la circundan, está destinada á la exposicion de nuestros tabacos de Cuba, Filipinas y Puerto-Rico: distingüense los dos Caruncho, en los aparados que forman la base, con otras muchas marcas de la *Vuelta de abajo*. Detrás de dicho monumento, divisase una instalacion soberbia. Un inmenso lienzo, pintado al estilo impresionista por el señor Tirado, nos presenta la vista de la *bahía de Nipe*, con su puerto natural, con su vegetacion exuberante y lozana. Detrás figuran los planos de dichos terrenos con los proyectos de la colonizacion de los mismos. En su parte baja obsérvanse simétrica y ordenadamente presentados todos los productos que por un cultivo inteligente han sido arrancados á aquella naturaleza tan fecunda. El almirantazgo inglés, lo mismo que el ministerio de Marina de Francia, habia indicado la conveniencia de utilizar esta gran bahía natural, la que podría contener en caso de necesidad todas las escuadras del mundo. Dicha prevision es hoy una realidad. La bahía está ya aprovechada y sus terrenos empiezan á cultivarse por una compañía tan activa como inteligente. En ella, despues de desbrozados los terrenos, se ha plantado

caña de azúcar, tabaco, café, y otros vegetales productivos, y á más se han cortado maderas, se han extraído minerales, y se han utilizado todos los productos del país. Una vez abierto el istmo de Panamá, el puerto de Nipe vendrá á ser uno de los primeros, tal vez el primero de los puertos de la América Central, y la hoy naciente ciudad de *Caridad de Nipe*, será una nueva Habana con todos los recursos de las villas norte-americanas.

El director de los trabajos de la sociedad es el infatigable D. Enrique Crespo, hijo del Senador por Cuba. Las autoridades civiles y militares de la isla han prestado todo su apoyo mandando el personal militar necesario para los primeros trabajos de urbanización. Creemos que á no tardar la bahía de Nipe será una verdadera gloria de la colonización española.

Llaman también notablemente la atención en la galería central las dos grandes instalaciones de nuestras primeras compañías de vapores. La una pertenece á la compañía Lopez: desde el modelo acabadísimo en madera, de los buques, hasta la fotografía y planos de los diques, no hay detalle alguno referente á sus vapores, que haya olvidado dicha compañía. Igual podemos decir de la instalación del Sr. Marqués de Campo, espléndida como ninguna, en la que figuran todos los datos que por lo que se refiere á sus trasportes, pueda desear el ingeniero naval más exigente. Las dos antedichas compañías han obtenido el diploma de honor del Jurado con harto merecimiento.

De notar es, por su admirable ejecución, todo lo que relativamente al armamento ha presentado la maestranza del *arsenal de la Habana*. Jamás habíamos visto armas de fuego de mayor precisión y ajuste, instrumentos ni armas blancas más bien templados y mejor contruidos según sus respectivos usos. Unos arcos de estilo árabe de café, ó de casa de baños, dan entrada á la gran galería lateral española que termina en la *Galería del trabajo*. No sé qué manía tonta les ha dado á todos los que decoran las galerías y pabellones españoles de todas las exposiciones posibles, de construirlos de estilo morisco. Ni el estilo árabe es nacional ni lo fué nunca. Los sarracenos fueron un pueblo invasor enemigo que echamos de nuestra patria y del cual no hemos conservado ni la lengua, ni la religión, ni los usos. Sólo algo de su arte quedó en los sitios en que estuvieron localizados más tiempo. Así no es arte nacional, sino arte provincial de un determinado período histórico. No negamos que algún elemento morisco, ó mudejar, como el alicatado, la mayólica, el azulejo y el guadamacil pueden y deben ser utilizados en la construcción de un edificio de carácter nacional; pero estos detalles, que precisamente nadie emplea, no arguyen el que el plan general del edificio deba de ser árabe. El arte griego, el fenicio, el romano y el gótico, tendrían igual derecho á pasar por arquitecturas nacionales. La arquitectura que á nuestro sentir es la única que puede erigirse en nacional es ese Renacimiento particular nuestro, iniciado en la buena época de Carlos V, que se llama *plateresco*. Este es el arte que se encuentra en los patios de Zaragoza y en las casas consistoriales y de Pilatos de Sevilla; que se ve en Salamanca en la universidad, en Guadalajara, en Navarra; que se halla lo mismo en los castillos del Pirineo que en los palacios de Andalucía; arte que podemos estudiar en Coimbra en los atrios de las iglesias, en Barcelona en el patio de la Convalecencia; que habia producido joyas arquitectónicas como la ya desaparecida casa Gralla; que se implantó y aclimató en los países en que dominamos, y lo admiramos en Pavia, y en las casas consistoriales de Amberes y de Leyda y en las verjas de las iglesias de los Países Bajos. Este es el arte genuinamente nacional que con ligeras modificaciones se adapta á todos los caracteres de todas las provincias y que sirve para todas las necesidades modernas, pudiendo ostentarse sin impropiedad lo mismo en un comedor que en un estudio, en una taberna lo propio que en un palacio.

La sección española está llena de los productos de los tres principales grupos de colonias nuestras: Filipinas, Cuba y Puerto-Rico, y Fernando Póo é islas de África. Faltan las Canarias.



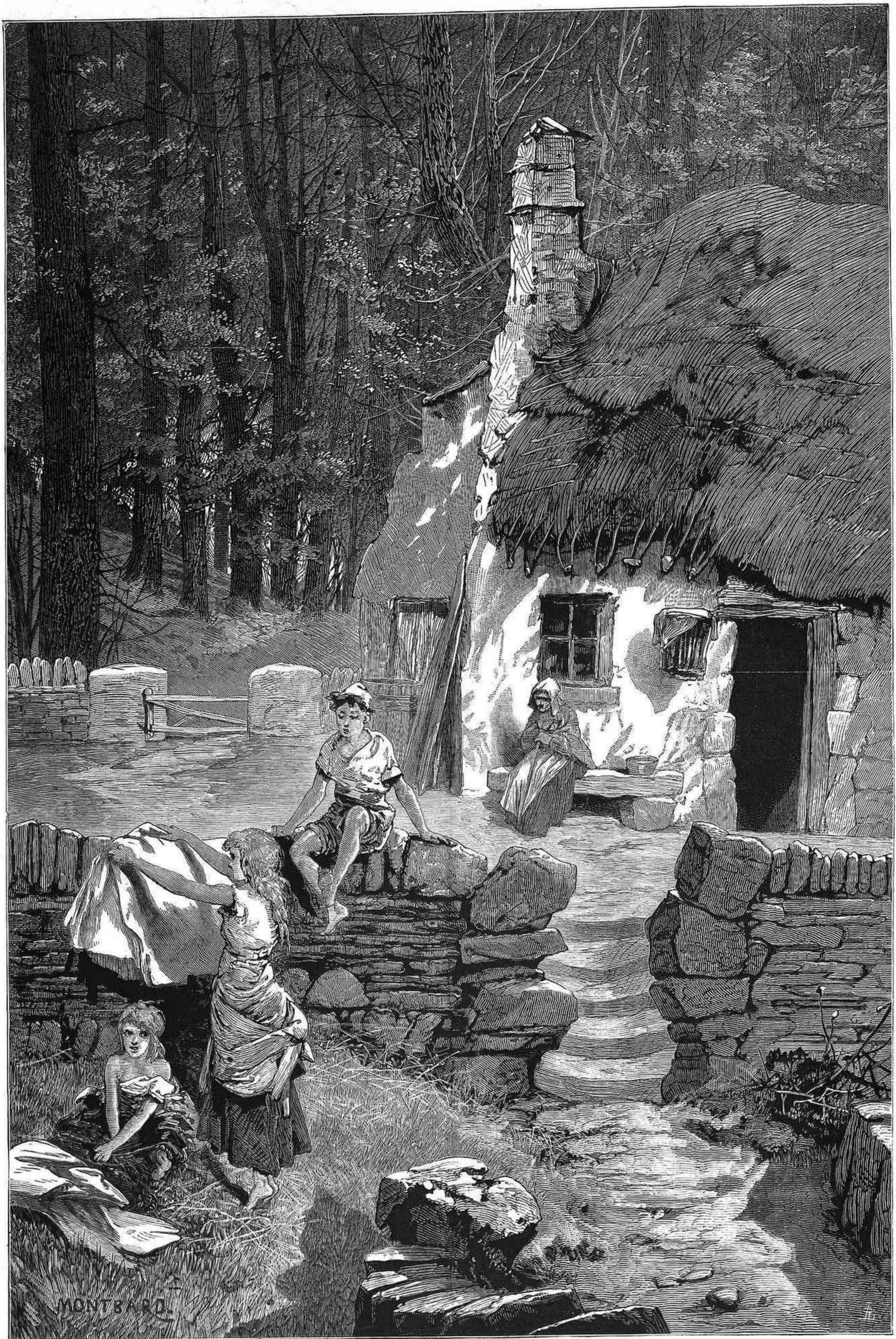
MUCHACHA GRANADINA, croquis á la pluma por J. M. Marqués

En general la sección está bien instalada y quien diga lo contrario prueba que se deja seducir más por el aparato óptico que por el orden lógico de las cosas. Como lo dijo muy bien el presidente general del Jurado internacional, la exposición española es una exposición verdaderamente científica.

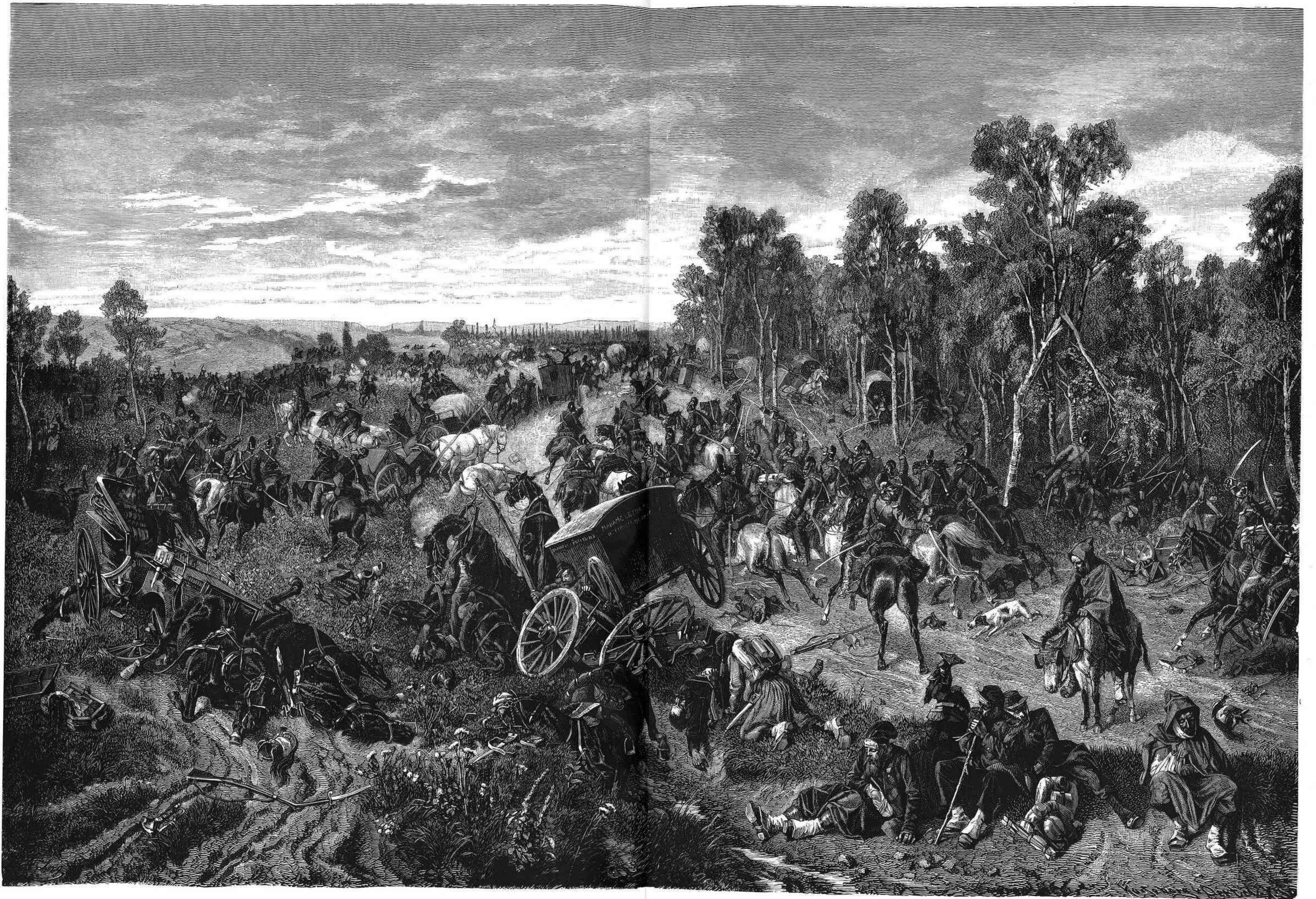
Figuran en primera línea la Flora de Filipinas, trabajo de una profunda erudición botánica y de un espíritu raro de clasificación llevado á cabo por nuestro paisano el joven ingeniero señor Vidal; obra que ha sido premiada con justicia con el diploma de honor y que varias naciones van á distinguir con condecoraciones concedidas á su autor. Igual mérito científico revela la *ictiología cubana* del naturalista señor Poey, padre del conocido escritor del mismo nombre. Admiración ha causado la taxonomía de los peces que dicho autor ha presentado, á cuantos sabios han visitado nuestro departamento. Sigue luego todo lo relativo á la historia de Indias, libros antiguos

sobre la conquista y colonización de nuestras posesiones de los que se desprende, que en el fondo nuestra colonización no ha sido ni con mucho tan bárbara como la inglesa. En lugar de destruir la raza y sustituirla nos hemos mezclado con ella en casi todos los puntos. Este tema ha sido motivo de una interesante conferencia del señor D. José del Perojo. La tesis ha consistido en que de las tres maneras de colonizar, á saber, la inglesa que destruye la raza para sustituirla, la holandesa que la mantiene, desarrollándola y dirigiéndola, y la española que se mezcla con ella, esta es la mejor. Sólo disintimos en lo de que debemos este carácter al elemento árabe, cuando este carácter es esencialmente latino. En el próximo artículo concluiremos la revista de la sección española y terminaremos también la de las galerías, pasando á describir los pabellones del parque.

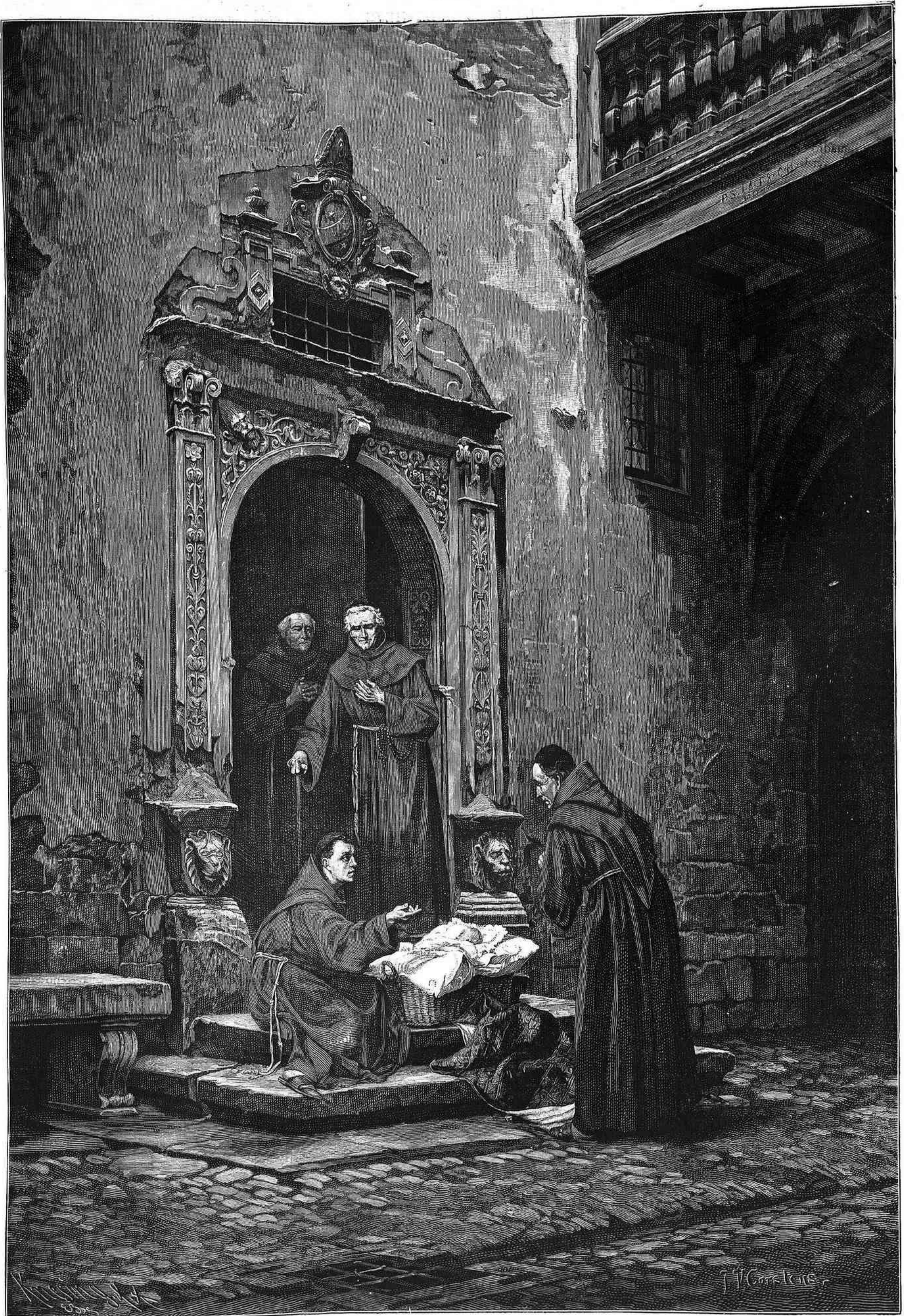
POMPEYO GENEER



VIDA CAMPESTRE, dibujo por Montbard



BATALLA DE WOERTH, CUADRO POR ENRIQUE LANG



EL EXPÓSITO, cuadro por J. V. Carstens

NUESTROS GRABADOS

EL ENCANTADOR MERLIN, dibujo por G. Doré

Siempre que se contempla un dibujo del célebre cuanto malogrado artista, se renueva la sorpresa que causa el vigor y la energía de su lápiz así como lo atrevido y original de la composición. Estas cualidades descuellan de un modo notable en el grabado que publicamos, en el cual el afamado dibujante ha competido en maravillosa osadía con cuanta pueda ofrecernos la más exuberante naturaleza, presentando un bosque de corpulentos y apiñados árboles que, aunque exentos de ramaje, asombran por la robustez de sus troncos y por sus descomunales y tortuosas raíces. La venerable figura del anciano encantador parece verdaderamente inspirada en las leyendas británicas que le dieron vida, y el cuadro en fin ofrece un conjunto en el que, sin faltarse a la verdad artística, se percibe cierto ambiente como de encantamiento, emanación sin duda del personaje que figura en primer término.

MUCHACHA GRANADINA,
cróquis á la pluma por J. M. Marqués

En los anteriores números hemos tenido ocasión de ir insertando varios tipos andaluces, entresacados del álbum de viaje de nuestro compatriota el Sr. Marqués. Habiéndonos ocupado, al describirlos, de este distinguido artista y de su estilo particular, sólo añadiremos que el bonito dibujo que hoy insertamos forma parte de esa colección de tipos verdaderamente populares cuya publicación anunciamos oportunamente.

VIDA CAMPESTRE, dibujo por Montbard

Este bello dibujo es de esos cuya contemplación excita el deseo de «huir del mundanal ruido» dejando el agitado bullicio de las ciudades por la tranquila vida del campo. Todo en él es calma, naturalidad, y plácida frescura; todo en él convida á vivir libre de enojosas trabas, comprendiéndose que en sitios tales la juventud crezca lozana y la ancianidad se conserve vigorosa, como se echa de ver en las figuras, que más bien son partes accesorias que elementos principales de tan pintoresco cuadro.

EL EXPÓSITO, cuadro por J. V. Carstens

¡A cuántas consideraciones se presta el exámen de este bien ejecutado cuadro! ¡Cuántas reflexiones podría sugerirnos el abandono de esa inocente criatura por sus desnaturalizados padres! Preferimos sin embargo dejar que el lector haga las que su recto corazón le dicte, seguros de que no tendrá palabras bastantes para anatematizar una falta, mejor dicho, un crimen, gangrena de nuestra sociedad, y que ni áun las mismas fieras cometen. Por lo demás, el artista ha tenido el buen acierto de hacer menos repugnante dicha falta, presentando al abandonado expósito á la puerta de un convento, cuyos religiosos moradores no dejarán seguramente de velar por la vida de la pobre víctima de algunos culpables amores, criándola y educándola mejor tal vez que sus mismos padres. El asunto, tan patético como se ve, está artísticamente tratado, las figuras son expresivas, y en los rostros de los monjes se revela á la vez la compasión, la extrañeza, la curiosidad y el horror que les causa tan inesperado hallazgo.

RESTAURANT EN LA EXPOSICION
DE AMSTERDAM

Entre las múltiples construcciones que tan variado conjunto dan á la Exposición colonial de Amsterdam, llama la atención por su caprichosa originalidad el restaurant-cervecería situado en la plaza principal de aquel recinto. Lo constituyen dos inmensos toneles, como el célebre de Heidelberg de fama universal por su inmensa cabida; sólo que de las entrañas de aquellos no sale únicamente cerveza, sino toda clase de manjares suculentos con que restauran sus fuerzas los concurrentes á la Exposición. La ocurrencia como se ve es verdaderamente original, y los monumentales toneles uno de los rasgos característicos del país en que aquel certámen se celebra.

EL SEÑOR BURGOMAESTRE,
cuadro por Max Volkhart

La lectura de nuestras contiendas con Flandes y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII nos ha familiarizado con ese tipo puramente germánico, con esos célebres alcaldes, que á pesar de su bonachon aspecto y de la obesidad que casi era en ellos característica, en más de una ocasión dieron muestra de energía y siempre de celo por los intereses de sus administrados. La idea que generalmente nos habíamos formado de ellos, la vemos perfectamente reproducida en el burgomaestre de Volkhart, el cual lo ha representado recibiendo con su *bonhomme* peculiar á un veterano que sin duda viene á ponerse á sus órdenes y que á su vez es un acabado tipo de aquellos capitanes flamencos que con tanta energía supieron hacer frente á las aguerridas huestes españolas.

BATALLA DE WOERTH, cuadro por E. Lang

Una de las primeras batallas que se trabaron durante la última guerra franco-prusiana fué la de Woerth, desgraciada para las armas francesas. El aventajado pintor Lang ha querido conmemorar este sangriento encuentro, representando en el lienzo una de las cargas dadas por la caballería bávara contra las tropas enemigas. Hay en el cuadro esa animación, ese vertiginoso movimiento propio de lances de semejante naturaleza, y que á pesar del indisputable mérito con que el artista ha sabido represen-

tar sus múltiples detalles, inspiran en el ánimo el horror, y repugnancia con que toda alma sensible contempla los desastres de la guerra, sobre todo cuando están tan gráficamente reproducidos como en el cuadro de Lang.

EL PÁJARO EN LA NIEVE

(Novela)

POR D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

Era ciego de nacimiento. Le habían enseñado lo único que los ciegos suelen aprender, la música; y fué en este arte casi una notabilidad. Su madre murió pocos años despues de darle la vida; su padre, músico mayor de un regimiento, hacia un año solamente. Tenia un hermano en la isla de Cuba que no daba cuenta de sí; sin embargo sabia por referencias que estaba casado, que tenia dos niños muy hermosos y ocupaba buena posición. El padre, indignado, mientras vivió, de la ingratitud del hijo, no quería oír su nombre; pero el ciego le guardaba todavía mucho cariño; no podía menos de recordar que aquel hermano, mayor que él, habia sido su sosten en la niñez, el defensor de su debilidad contra los ataques de los demás chicos y que siempre le hablaba con dulzura. La voz de Santiago, al entrar por la mañana en su cuarto diciendo: «¡Hola, Juanito! arriba, hombre, no duermas tanto,» sonaba en los oídos del ciego más grata y armoniosa que las teclas del piano y las cuerdas del violín. ¿Cómo se habia transformado en malo aquel corazón tan bueno? Juan no podia persuadirse de ello, y le buscaba un millon de disculpas: unas veces achacaba la falta al correo; otras se le figuraba que su hermano no quería escribir hasta que pudiera mandar mucho dinero; otras pensaba que iba á darles una sorpresa el mejor día presentándose cargado de millones en el modesto entresuelo que habitaban; pero ninguna de estas imaginaciones se atrevía á comunicar á su padre: únicamente cuando éste exasperado lanzaba algun amargo apóstrofe contra el hijo ausente, se atrevía á decirle: «No se desespere V. padre; Santiago es bueno; me da el corazón que ha de escribir uno de estos días.»

El padre se murió sin ver carta de su hijo mayor, entre un sacerdote que le exhortaba y el pobre ciego que le apretaba convulso la mano como si tratase de retenerle á la fuerza en este mundo. Cuando quisieron sacar el cadáver de casa sostuvo una lucha frenética, espantosa, con los empleados fúnebres. Al fin se quedó solo; pero ¡qué soledad la suya! Ni padre, ni madre, ni parientes ni amigos: hasta el sol le faltaba, el amigo de todos los seres creados. Pasó dos días encerrado en un cuarto recorriéndolo de una esquina á otra como un lobo enjaulado, sin probar alimento. La criada, ayudada por una vecina compasiva, consiguió al cabo impedir aquel suicidio: volvió á comer y pasó la vida desde entonces rezando y tocando el piano.

El padre, algun tiempo ántes de morir, habia conseguido que le diesen una plaza de organista en una de las iglesias de Madrid, retribuida con catorce reales diarios; no era bastante, como se comprende, para sostener una casa abierta por modesta que fuese; así que, pasados los primeros quince días, nuestro ciego vendió por algunos cuartos, muy pocos por cierto, el humilde ajuar de su morada, despidió á la criada y se fué de pupilo á una casa de huéspedes pagando ocho reales; los seis restantes le bastaban para atender á las demás necesidades. Durante algunos meses vivió el ciego sin salir á la calle más que para cumplir su obligación; de casa á la iglesia y de la iglesia á casa. La tristeza le tenia dominado y abatido de tal suerte que apenas despegaba los labios; pasaba las horas componiendo una gran misa de *requiem* que esperaba se tocara por la caridad del párroco en obsequio del alma de su difunto padre; y ya que no podia decirse que tenia los cinco sentidos puestos en su obra, porque carecía de uno, sí diremos que se entregaba á ella con alma y vida.

El cambio de ministerio le sorprendió cuando aún no la habia terminado: no sé si entraron los radicales, ó los conservadores ó los constitucionales; pero entraron algunos nuevos. Juan no lo supo sino tarde y con daño. El nuevo gabinete, pasados algunos días, juzgó que Juan era un organista peligroso para el orden público y que desde lo alto del coro en las vísperas y misas solemnes, roncando y zumbando con todos los registros, le estaba haciendo una oposición verdaderamente escandalosa. Como el ministerio entrante no estaba dispuesto, segun habia afirmado en el Congreso por boca de uno de sus miembros más autorizados, á tolerar imposiciones de nadie, procedió inmediatamente y con saludable energía á dejar cesante á Juan, buscándole un sustituto que en sus maniobras musicales ofreciese más garantías ó fuese más adicto á las instituciones. Cuando le notificaron el cese, nuestro ciego no experimentó ninguna clase de emoción más que la sorpresa; allá en el fondo casi se alegró porque le dejaban más horas desocupadas para concluir su misa. Solamente se dió cuenta de su situación cuando al fin del mes se presentó la patrona en el cuarto á pedirle dinero; no lo tenia porque ya no cobraba en la iglesia. Fué necesario que llevase á empeñar el reloj de su padre para pagar la casa. Despues se quedó otra vez tan tranquilo y siguió trabajando sin preocuparse de lo porvenir. Mas otra vez volvió la patrona á pedirle dinero y otra vez se vió precisado á empeñar un objeto de la escasísima herencia paterna; era un anillo de diamantes. Al cabo ya no tuvo qué empeñar. Entonces por consideración á su debilidad le tuvieron algunos días más de cortesía, muy pocos, y

despues le pusieron en la calle, gloriándose mucho de dejarle libre el baul y la ropa, ya que con ella podían cobrarse de los pocos reales que les quedaba á deber.

Buscó una nueva casa, pero no pudo alquilar piano, lo cual le causó una inmensa tristeza; ya no podía terminar su misa. Todavía fué algun tiempo á casa de un almacenero amigo y tocó el piano á ratos; no tardó, sin embargo, en observar que se le iba recibiendo cada vez con menos amabilidad y dejó de ir por allá.

Al poco tiempo le echaron de la nueva casa, pero esta vez quedándose con el baul en prenda. Entonces comenzó para el ciego una época tan miserable y angustiosa que pocos se darán cuenta cabal de los dolores, mejor aún, de los martirios que la suerte le deparó. Sin amigos, sin ropa, sin dinero no hay duda que se pasa muy mal en el mundo; mas si á esto se agrega el no ver la luz del sol y hallarse por lo mismo absolutamente desvalido, apenas si alcanzamos á ver el límite del dolor y la miseria. De posada en posada, arrojado de todas pocas despues de haber entrado, metiéndose en la cama para que le lavasen la única camisa que tenia, el calzado roto, los pantalones con hilachas por debajo, sin cortarse el pelo y sin afeitarse, rodó Juan por Madrid no sé cuánto tiempo. Pretendió por medio de uno de los huéspedes que tuvo, más compasivo que los demás, la plaza de pianista en un café. Al fin se la otorgaron, pero fué para despedirle á los pocos días: la música de Juan no agradaba á los parroquianos del *Café de la Cebada*; no tocaba jotas, ni polos, ni sevillanas, ni cosa ninguna flamenca, ni siquiera polkas; pasaba la noche interpretando sonatas de Beethoven y conciertos de Chopin: los concurrentes se desesperaban de no poder llevar el compás con las cucharillas.

Otra vez volvió á rodar el mísero por los sitios más hediondos de la capital. Algun alma caritativa que por casualidad se enteraba de su estado socorriale indirectamente, porque Juan se estremecía á la idea de pedir limosna. Comia lo preciso para no morir de hambre en alguna taberna de los barrios bajos, y dormía por cuatro cuartos entre mendigos y malhechores en un desvan destinado á este fin. En cierta ocasión le robaron mientras dormía los pantalones y le dejaron otros de dril remendados. Era en el mes de noviembre.

El pobre Juan, que siempre habia guardado en el pensamiento la quimera de la venida de su hermano, ahogado ahora por la desgracia, comenzó á alimentarla con afán. Hizo que le escribiesen á la Habana, sin poner señas á la carta porque no las sabia; procuró informarse si le habian visto, aunque sin resultado; y todos los días se pasaba algunas horas pidiendo á Dios de rodillas que le trajese en su auxilio. Los únicos momentos felices del desdichado eran los que pasaba en oración en el ángulo de alguna iglesia solitaria: oculto detrás de un pilar, aspirando los acres olores de la cera y la humedad, escuchando el chisporroteo de los cirios y el leve rumor de las plegarias de los pocos fieles distribuidos por las naves del templo, su alma inocente dejaba este mundo que tan cruelmente le trataba y volaba á comunicarse con Dios y su Madre Santísima. Tenia la devoción de la Virgen profundamente arraigada en el corazón desde la infancia: como apenas habia conocido á su madre, buscó por instinto en la de Dios la protección tierna y amorosa que sólo la mujer puede dispensar al niño; habia compuesto en honor suyo algunos himnos y plegarias y no se dormía jamás sin besar devotamente el escapulario del Carmen que llevaba al cuello.

Llegó un día, no obstante, en que el cielo y la tierra le desampararon. Arrojado de todas partes, sin tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ni ropa con que preservarse del frío, comprendió el cuitado con terror que se acercaba el instante de pedir limosna. Trabóse una lucha desesperada en el fondo de su espíritu; el dolor y la vergüenza disputaron palmo á palmo el terreno á la necesidad; las tinieblas que le rodeaban hacían aún más angustiosa esta batalla. Al cabo, como era de esperar, venció el hambre. Despues de pasar muchas horas sollozando y pidiendo fuerzas á Dios para soportar su desdicha resolvióse á implorar la caridad: pero todavía quiso el infeliz disfrazar la humillación, y decidió cantar por las calles de noche solamente. Poseia una voz regular y conocia á la perfección el arte del canto; mas tropezó con la dificultad de no tener medio de acompañarse. Al fin, otro desgraciado, que no lo era tanto como él, le facilitó una guitarra vieja y rota, y despues de arreglarla del mejor modo que pudo y despues de derramar abundantes lágrimas salió cierta noche de diciembre á la calle. El corazón le latía fuertemente; las piernas le temblaban; cuando quiso cantar en una de las calles más céntricas no pudo; el dolor y la vergüenza habian formado un nudo en su garganta. Arrimóse á la pared de una casa, descansó algunos instantes y re- puesto un tanto empezó á cantar la romanza de tenor del primer acto de *Favorita*. Llamó desde luego la atención de los transeuntes un ciego que no cantaba peteneras ó malagueñas, y muchos hicieron círculo en torno suyo, y no pocos al observar la maestría con que iba venciendo las dificultades de la obra se comunicaron en voz baja su sorpresa y dejaron algunos cuartos en el sombrero que habia colgado del brazo. Terminada la romanza empezó el aria del cuarto acto de la *Africana*. Pero se habia reunido demasiada gente á su alrededor y la autoridad temió que esto fuese causa de algun desorden, pues era cosa averiguada para los agentes de orden público que las personas que se reúnen en la calle á escuchar á un ciego demuestran por este hecho instintos peligrosos de rebelión, cierta hostilidad contra las instituciones, una actitud, en fin, incompatible con el orden social y la seguridad del

Estado. Por lo cual un guardia cogió á Juan enérgicamente por el brazo y le dijo:

—A ver; retírese V. á su casa inmediatamente y no se pare V. en ninguna calle.

—Pero yo no hago daño á nadie.

—Está V. impidiendo el tránsito.—Adelante, adelante si no quiere V. ir á la Prevencion.

Es realmente consolador el ver con qué esmero procura la autoridad gubernativa que las vías públicas se hallen siempre limpias de ciegos que canten. Y yo creo, por más que haya quien sostenga lo contrario, que si pudiese igualmente tenerlas limpias de ladrones y asesinos, no dejaría de hacerlo con gusto.

Retiróse á su zahurda el pobre Juan, pesaroso, porque tenía buen corazón, de haber comprometido por un instante la paz intestina y dado pié para una intervencion del poder ejecutivo. Había ganado cinco reales y un perro grande. Con este dinero comió al día siguiente y pagó el alquiler del miserable colchon de paja en que durmió. Por la noche tornó á salir y á cantar trozos de ópera y piezas de canto: vuelta á reunirse la gente en torno suyo y vuelta á intervenir la autoridad gritándole con energía:—Adelante, adelante.

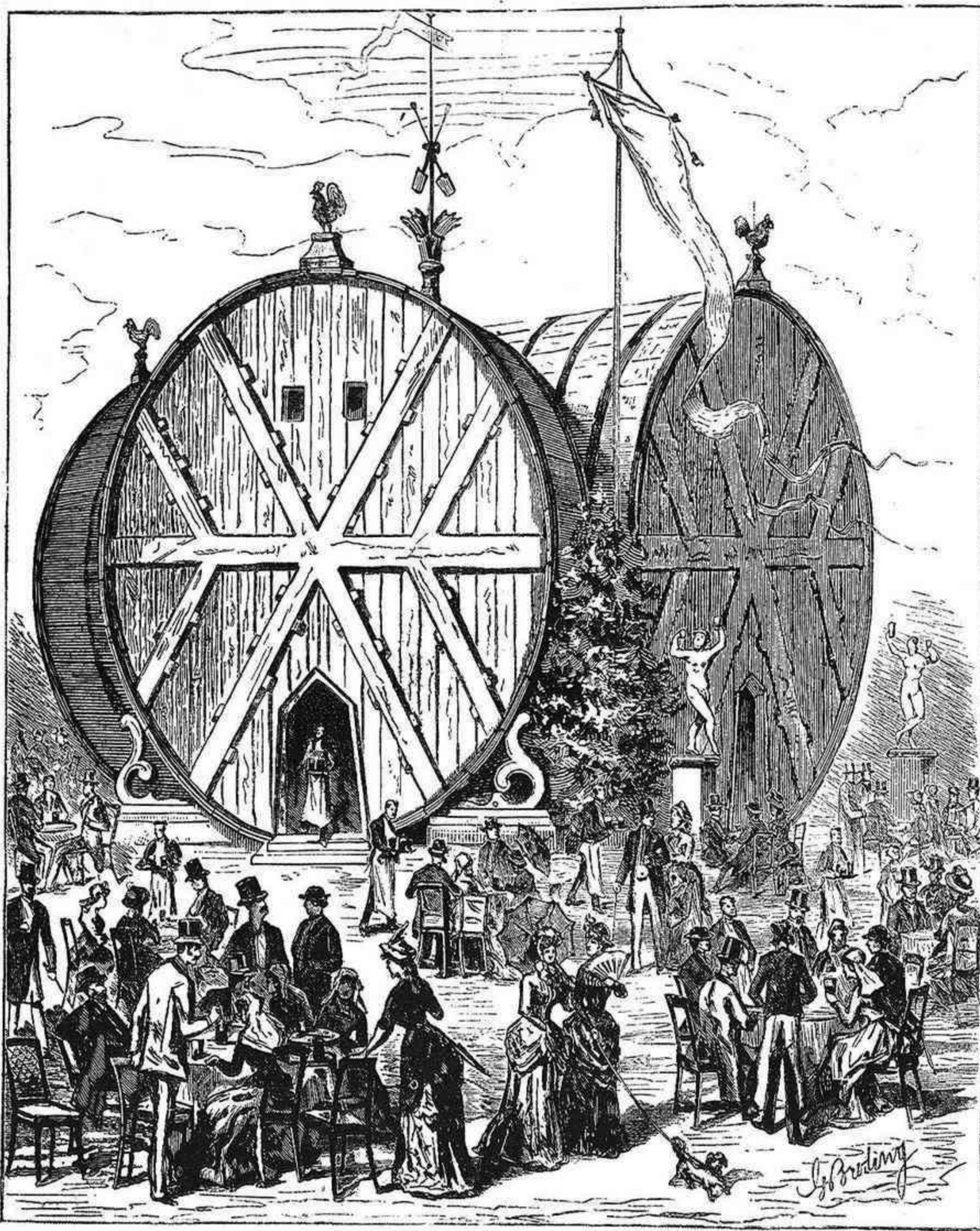
¡Pero si iba adelante no ganaba un cuarto, porque los transeúntes no podían escucharle! Sin embargo, Juan marchaba, marchaba siempre porque le estremecía más que la muerte la idea de infringir los mandatos de la autoridad y turbar, aunque fuese momentáneamente, el orden de su país.

Cada noche se iban reduciendo más sus ganancias. Por un lado la necesidad de seguir siempre adelante y por otro la falta de novedad que en España se paga siempre muy cara, le iban privando todos los días de algunos céntimos. Con los que traía para casa al retirarse apenas podía introducir en el estómago algo para no morir de hambre. Su situación era ya desesperada. Sólo un punto luminoso seguía viendo tenazmente el desgraciado entre las tinieblas de su congojoso estado: este punto luminoso era la llegada de su hermano Santiago. Todas las noches al salir de casa con la guitarra colgada del cuello, se le ocurría el mismo pensamiento:—«Si Santiago estuviese en Madrid y me oyese cantar me conocería por la voz.» Y esta esperanza, mejor dicho, esta quimera, era lo único que le daba fuerzas para soportar la vida.

Llegó otro día, no obstante, en que la angustia y el dolor no conocieron límites. En la noche anterior no había ganado más que cuatro ó seis cuartos. ¡Había estado tan fría! Como que amaneció Madrid envuelto en una sábana de nieve de media cuarta de espesor. Y todo el día siguió nevando sin cesar un instante, lo cual les tenía sin cuidado á la mayoría de la gente y fué motivo de regocijo para muchos aficionados á la estética. Los poetas que gozaban de una posición desahogada, muy particularmente, pasaron gran parte del día mirando caer los copos al través de los cristales de su gabinete, y meditando lindos é ingeniosos símiles de esos que hacer gritar al público en el teatro «¡bravo, bravo!» ú obligan á exclamar cuando se leen en un tomo de versos: «¡qué talento tiene este jóven!»

Juan no había tomado más alimento que una taza de café de ínfima clase y un panecillo. No pudo entretener el hambre contemplando la hermosura de la nieve, en primer lugar porque no tenía vista y en segundo porque aunque la tuviese era difícil que al través de la reja de vidrio empañada y sucia de su desvan pudiera verla. Pasó el día acurrucado entre el colchon, recordando los días de la infancia y acariciando la dulce manía de la vuelta de su hermano. Al llegar la noche, apretado por la necesidad, casi desfallecido, bajó á la calle á implorar una limosna. Ya no tenía guitarra; la había vendido por tres pesetas en un momento parecido de apuro.

La nieve caía con la misma constancia, puede decirse con el mismo encarnizamiento. Las piernas le temblaban al pobre ciego lo mismo que el día primero en que salió á cantar; pero esta vez no era de vergüenza sino de hambre. Avanzó como pudo por las calles enfangándose hasta más arriba del tobillo: su oído le decía que no cruzaba apenas ningun transeúnte; los coches no hacían ruido y estuvo expuesto á ser atropellado por uno. En una de las calles céntricas se puso al fin á cantar el primer peda-



RESTAURANT EN LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

zo de ópera que acudió á sus labios: la voz salía débil y enronquecida de la garganta; nadie se acercaba á él ni siquiera por curiosidad. «Vamos á otra parte» se dijo, y bajó por la Carrera de San Jerónimo caminando torpemente sobre la nieve, cubierto ya de un blanco cendal y con los piés chapoteando agua. El frío se le iba metiendo por los huesos; el hambre le producía un fuerte dolor en el estómago. Llegó un momento en que el frío y el dolor le apretaron tanto que se sintió casi desvanecido, creyó morir y elevando el espíritu á la Virgen del Carmen, su protectora, exclamó con voz acongojada: «¡Madre mía, socórreme!» Y despues de pronunciar estas palabras se sintió un poco mejor y marchó ó más propiamente se arrastró hasta la Plaza de las Cortes: allí se arrojó á la columna de un farol, y, todavía bajo la impresión del socorro de la Virgen, comenzó á cantar el *Ave María* de Gounod, una melodía á la cual siempre había tenido mucha afición. Pero nadie se acercaba tampoco. Los habitantes de la villa estaban todos recogidos en los cafés y teatros, ó bien en sus hogares haciendo bailar á sus hijos sobre las rodillas al amor de la lumbre. Seguía cayendo la nieve pausada y copiosamente, decidida á prestar asunto al día siguiente á todos los revisteros de periódicos para encantar á sus aficionados con unas cuantas docenas de frases delicadas. Los transeúntes que casualmente cruzaban lo hacían apresuradamente, arrebujados en sus capas y tapándose con el paraguas. Los faroles se habían puesto el gorro blanco de dormir y dejaban escapar melancólica claridad. No se oía apenas ruido alguno si no era el rumor vago y lejano de los coches, y el caer incesante de los copos como un crujido levisimo y prolongado de sedería. Sólo la voz de Juan vibraba en el silencio de la noche saludando á la Madre de los Desamparados. Y su canto más que himno de salutación parecía un grito de congoja, algunas veces, otras, un gemido triste y resignado que helaba el corazón más que el frío de la nieve.

En vano clamó el ciego largo rato pidiendo favor al cielo; en vano repitió el dulce nombre de María un sin número de veces acomodándolo á los diversos tonos de la melodía. El cielo y la Virgen estaban lejos al parecer y no le oyeron; los vecinos de la plaza estaban cerca pero no quisieron oírle. Nadie bajó á recogerlo; ningun balcon se abrió siquiera para dejar caer sobre él una moneda de cobre. Los transeúntes, como si viniesen perseguidos de cerca por la pulmonía, no osaban detenerse.

Al fin ya no pudo cantar más: la voz espiraba en la garganta; las piernas se le doblaban; iba perdiendo la sensibilidad en las manos. Dió algunos pasos y se sentó

en el sitio de la acera al pié de la verja que rodea el jardín. Apoyó los codos en las rodillas y metió la cabeza entre las manos. Y pensó vagamente en qué había llegado el último instante de su vida; y volvió á rezar fervorosamente implorando la misericordia divina.

Al cabo de un rato percibió que un transeúnte se paraba delante de él y se sintió cogido por el brazo. Levantó la cabeza y sospechando que sería lo de siempre, preguntó tímidamente:

—¿Es V. algun guardia?

—No soy ningun guardia,—repuso el transeúnte—pero le vántese V.

—Apénas puedo, caballero.

—¿Tiene V. mucho frio?

—Sí señor... y además no he comido hoy.

—Entónces yo le ayudaré... vamos... ¡arriba!

(Concluirá)

CRONICA CIENTIFICA

LOS TERREMOTOS

La reciente catástrofe de Ischia ha causado honda consternacion. Cinco mil víctimas, adornadas de oro y de diamantes, sepultadas repentinamente entre las ruinas de lujosos edificios y de salones de conciertos, en una noche de atmósfera serena y en un clima encantado; cinco mil víctimas relacionadas en su mayor parte con los órganos de la publicidad periódica, han excitado naturalmente la conmiseracion pública con un interés excepcional. La memoria ha recordado que hace tres años los terremotos y los temblores de tierra se vienen sucediendo con frecuencia alarmante, y el temor de que análogas desgracias pudieran sorprendernos hace citar las conmociones del suelo en julio y agosto de 1881 en Manila y su territorio; las de Carintia y Kief á fines del mismo año; las de Italia,

Isla de Chío y litoral del Asia Menor, California, Costa Rica y China hace un año ó poco más; las recientes trepidaciones en Rusia, Austria, los Alpes y los Pirineos; y, sin ir más lejos, las ocurridas en nuestra misma Península en Ciudad Real, Almería, Archena, Murcia y Granada; así como las sentidas por primera vez en la época moderna en Lóndres y Paris.

La imaginacion abulta y exagera la proximidad de los peligros, y con tantos más visos de razon, cuanto que sabios de nota salen anunciando que los terremotos han de continuar; fundándose unos en que hay relacion entre las dislocaciones del suelo y el aumento de las manchas del sol, que ahora van á su máximun; y otros, en que se han acumulado considerablemente los hielos en el polo sur de la tierra; y este acúmulo de masa pesada en un punto del planeta, tiene de causar necesariamente diferencias de presión en la corteza terrestre, que han de traducirse en dislocaciones del suelo.

* *

Verdaderamente no hay razon científica para la alarma que cunde; porque, hasta ahora, no hay ciencia ninguna respecto de las energías encerradas en las entrañas de la tierra; y más seguro es que hemos de morir de los accidentes comunes que amenazan á cada instante nuestra existencia, que no aplastados bajo los escombros de nuestras casas derribadas de repente por una convulsion del suelo.

* *

La superficie de la tierra está en continua agitacion, aunque nos parezca la imagen de la estabilidad. Hay puntos como Copiapo, en Chile, donde los temblores de tierra ocurren diariamente de un modo perceptible. En otras regiones los temblores acontecen con frecuencia suma, como en las islas Filipinas. En la mayor parte del planeta la agitacion de la costra terrestre sólo es perceptible por medio de instrumentos delicados y de invencion reciente, llamados seismómetros, de una raíz griega, *seismos*, que significa propiamente *zarandeo*, movimiento de una criba. Casi todos los seismómetros del día consisten en un gran peso suspendido verticalmente. Si el suelo se mueve, el peso se pondrá en oscilacion; y, si aparatos de precision registran mecánica ó fotográficamente la direccion y la amplitud de las oscilaciones, se tendrán datos seguros acerca de la agitacion experimentada por el suelo de la localidad; y, comparado ese dato con el de otras localidades, podrá venirse en conociemien-

to del punto de donde partió el impulso y del área á que se extendió.

Los aparatos seismográficos registrados acusan movimientos diarios de la corteza terrestre en todo el globo, variables según las estaciones, coincidentes en determinada dirección en algunas localidades (hacia Occidente en Neuchatel, Greenwich y Cambridge) y según otras direcciones en otros observatorios; pero los datos recogidos hasta ahora no son sino los primeros materiales para la formación de una futura ciencia que se llamará seismología.

Sin embargo, las observaciones recogidas, aunque escasas, han dado suficiente motivo para creer que un terremoto es el tránsito de una onda ú ondas de compresión elástica en una dirección cualquiera desde la vertical hacia arriba hasta la horizontal en cualquier azimut á través de la corteza terrestre. Esta onda ú ondas pueden partir de uno ó más centros de impulso, y pueden ó no ir acompañadas de movimientos de la mar, dependientes de la intensidad del impulso y de las circunstancias de posición entre las tierras y los mares.

Esta teoría es debida á R. Mallet.

Hay regiones terriblemente visitadas por estas grandes ondas seísmicas. En el antiguo reino de Nápoles, durante los tres cuartos de siglo trascurridos desde 1783 á 1857, perecieron, por efecto de los terremotos, 111000 personas; más de 1500 cada año. Verdaderamente el hombre no pertenece á una raza de cobardes; pues que goza viviendo en los lugares de peligro.

* *

Los seismólogos dividen las convulsiones del suelo, como desde hace siglos las han dividido los españoles de la América del Sur; en temblores de tierra y en terremotos.

En los temblores, el suelo oscila durante algunos segundos; los objetos no bien seguros caen á tierra, las lámparas colgadas oscilan, algunas puertas se abren ó se cierran, tal vez se rajan ó agrietan las paredes; pero el daño no se extiende á más. Estos temblores de tierra ocurren la mayor parte de los días del año en muchos puntos de la América del Sur: de Chile, por ejemplo.

Pero nada tan terrible como la segunda clase de convulsiones terrestres: los terremotos. La tierra oscila como las olas del mar, ó se levanta de abajo á arriba repetidas veces; como si gases comprimidos quisieran volar el techo de una gran caverna; caen las casas y los muros de los más fuertes edificios, de repente y en espantosa confusión: al fragor de los sillares que se chocan con golpe tremebundo, de los techos que se tronchan, de los menesteres del lujo y de la necesidad que se hacen añicos... se mezcla el grito desgarrador de los que mueren, y el penetrante alarido de los que aún viven apesados en los escombros. La tierra se abre, y de las grietas brota agua. Hasta los pájaros huyen. Si el terremoto ocurre á orillas del mar, el mar se retira para volver á los pocos minutos como porroca inmenso, y cubrir con sus aguas cuanto no se en-



EL SEÑOR BURGOMAESTRE, cuadro por Max Volkhart

cuentre á más de cincuenta piés de altura sobre el nivel de la pleamar.

En estas gigantes irrupciones marinas ni aun los barcos se salvan... ¡No cabe más horror! A veces anuncian el terremoto bramidos subterráneos. Otras veces no: nada lo anuncia, como en Ischia acaba de suceder.

Suelen los terremotos extenderse á distancias inmensas: en el de Chile de 1835 la convulsion terrestre se sintió en un radio de más de doscientas leguas. En el gran terremoto de Lisboa de 1755 las inundaciones del mar llegaron hasta Cádiz. En Europa no se recuerda terremoto más destructor que el de 1755. La ciudad de Lisboa quedó arruinada, y en sus escombros perecieron más de 30000 de sus habitantes. Mesina quedó destruida en 1783, y no ha sido posible calcular el número de los que murieron en la parte Sur de Sicilia y en los campos de Calabria. El primer día de 1837, la Siria fué castigada de un horrible terremoto, en que Damasco, Acre y Tiro padecieron considerablemente y en que Tiberiade y Safet quedaron enteramente derruidas. Dicese que en el reciente terremoto de Java han sucumbido más de 100.000 personas.

El archipiélago Indico está sujeto á continuos terremotos; pero aún más lo está la América del Sur. Guatemala, después de un horrible terremoto en 1717, se vió arrasada en 1773. En Caracas más de 12000 de sus habitantes

tro globo influencias eléctricas, esas influencias podrían traducirse fácilmente en ondas seísmicas. Por último, es indudable que el enfriamiento de la tierra ha de ir contrayendo su masa interior; y, si esa masa se encuentra en el estado flúido, ó en el pastoso, al contraerse dejará espacios en hueco entre ella y la costra terrestre, la cual, por la mayor resistencia de sus materiales sólidos, no podrá ya estar en contacto con la masa flúida ó pastosa; y, por necesidad, la corteza terrestre habrá de plegarse por sus puntos de menor resistencia, para no quedar en hueco y apoyarse en el núcleo interior; pliegues que, verificándose lentamente, darán lugar á los cambios paulatinos y micro-seísmicos de la inclinación de ciertos lugares respecto de su vertical, como observan algunos astrónomos; si acontecen sin gran violencia serán el origen de los temblores de tierra; y, si ocurren de golpe y con gran intensidad, podrán ser el origen de los terribles cataclismos de los terremotos. La teoría de los volcanes introduce modificaciones en todos estos sistemas.

De cualquier modo que sea, la hipótesis más favorablemente acogida es la que busca en fenómenos puramente telúricos el origen de las horribles catástrofes á que la de Ischia ha dado tanto interés de actualidad.

E. BENOT

Nueva publicación: estamos preparando para publicarla en breve una edición económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON